



LA REVOLUCION

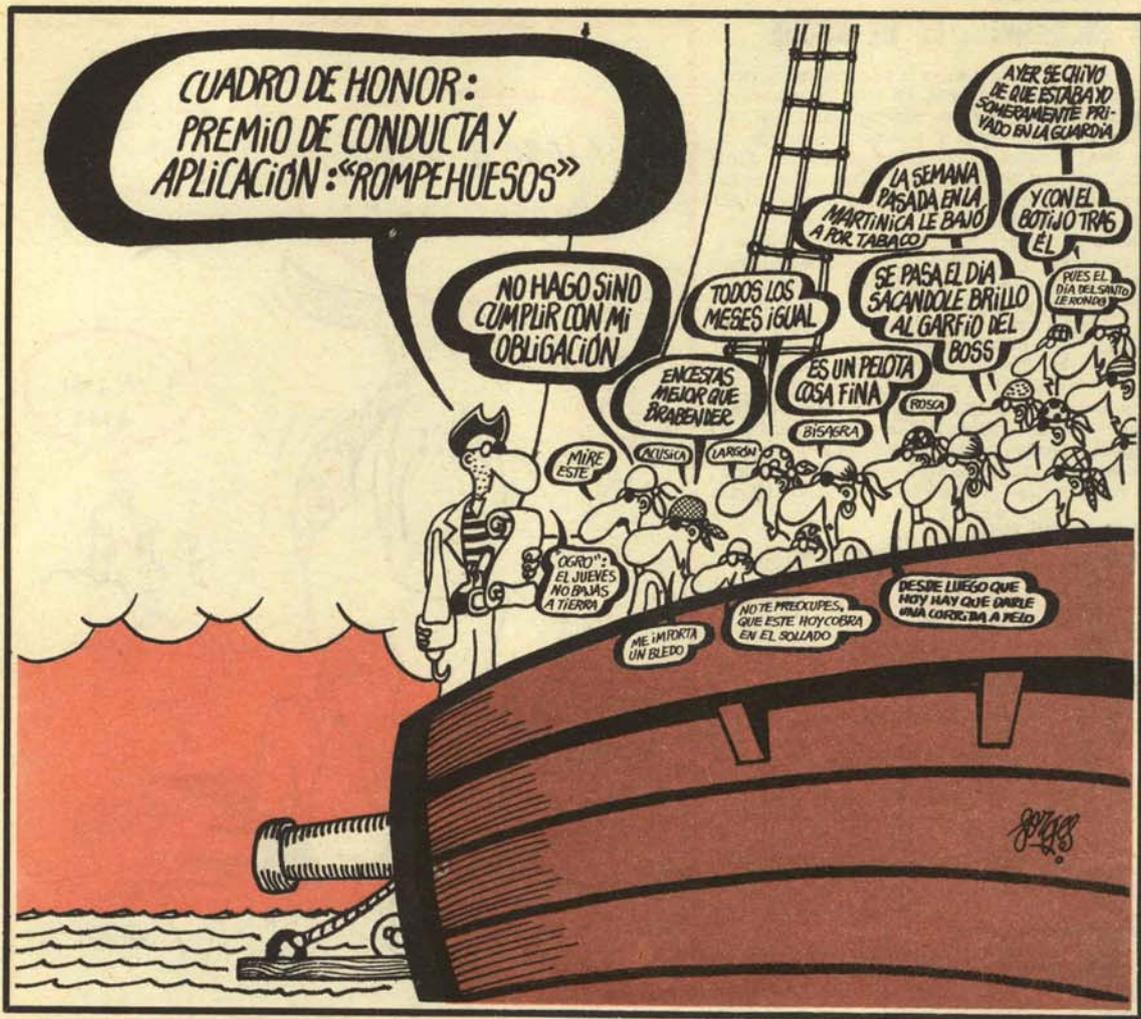
Hacer la revolución es fácil: prueba de ello es que en este país se ha hecho varias veces. Existen muchos modelos. La revolución puede ser de derechas, de izquierdas y de centro, con sus aledaños. En este país, la derecha, para hacer la revolución, primero cambia el nombre de las cosas, los rótulos de las calles, el título de los negociados de ministerio, se pone o se quita el bigote según los casos, reparte leche en polvo a los párvulos, esconde las chabolas detrás de la loma para que no las vean los turistas, alimenta escultores grecorromanos, viste a los bebedores de mariscales rusos y regala los venados asesinados en la montería a un orfanato de niños bizcos. Lo importante en la revolución de la derecha es un buen tomo encuadernado con taraceas de nácar lleno de artículos, donde se dice que uno es más social que nadie, precedidos por una ley de bases con hondo magisterio de los revolucionarios del siglo XIII y rematado con un pliego de advertencias para el que se mueva.

En este país, a falta de pan, la revolución de la izquierda consiste en el cambio de paño: se pasa desde el pantalón de pana al pantalón vaquero, desde el jersey negro al chaquetón de cuero, de la barba a la melena, del vino tinto al campari con aceituna; se muda a la cría de colegio buscando sucesivamente el más esotérico para que los niños se liberen y puedan romper las cerámicas de Ibiza contra la cabeza de la criada sin crearse traumas.

En cambio, la revolución del centro es la más difícil: el fundamento de su problema consiste en descubrir restaurantes nuevos, saber comer las ostras con la boca cerrada y aludir con los ojos a la apertura, entender de vinos y de razas de perros.

El asunto de la unidad, cada parte la resuelve como puede. La derecha anda desperdigada en cacerías, negocios de inmobiliarias y consejos de administración. Pero tienen un encargo que en caso de peligro se sube a una tarima y grita: ¡cuidado, que nos roban la viña! Y en un par de horas toda la derecha está unida. Los centristas, como son pocos, caben en una mesa larga: basta una langosta al timidor para que funcione la unidad. Pero unir a la izquierda es más difícil: lee demasiado, piensa demasiado, y sólo puede reunirlos un estreno de Bertold Brecht.

VICENT



EL TRIUNFADOR (Escena de la sociedad cotidiana)

EL.—Entré por méritos.
 ELLA.—Claro, yo te quería tanto.
 EL.—Fui escalando puestos dolorosamente.
 ELLA.—Siempre fuiste tan sufrido... Por eso papá te dio el puesto que tú quisiste en su diario.
 EL.—Y eso que me pusieron zancadillas. Nadie podía desempeñar el puesto de corresponsal en Londres como yo.
 ELLA.—Fue nuestro viaje de bodas, ¿recuerdas? No teníamos tiempo de nada. ¡Qué tiempos! ¡Cómo copiabas de los otros periódicos las noticias que mandabas aquí!
 EL.—No es cierto, siempre que salía, era para traer informaciones.
 ELLA.—Eso es verdad, siempre que volvías del retrete traías noticias.
 EL.—Mis reportajes fueron los más objetivos de todos cuantos publicaban los otros corresponsales.
 ELLA.—Es que los otros los hacían ellos mismos.

EL.—Siempre me menospreciaste.
 ELLA.—Eso no es cierto. Piensa un poco. La Conferencia de Desarme nos pilló en la cama. Yo te animé a que te levantarás, y tú me dijiste que no habías terminado.
 EL.—Tenía entre manos la información sobre la Asamblea del Medio Ambiente.
 ELLA.—Papá comentó una vez que a ti lo que mejor te iban eran las revistas mensuales por... por lo de la actualidad. Tal vez sea esa la razón por la que te hayan nombrado director de la escuela de reporteros.
 EL.—¡Claro!
 ELLA.—Ya verás cómo terminas dirigiendo nuestro periódico en América.
 EL.—Seguro.
 ELLA.—Prométeme que a pesar de todo nunca sentirás necesidad de levantarte de esta cama.

SIR THOMAS MALLORY

